

Diálogo intercultural e interreligioso, exigencia de fe y compromiso de Iglesia

Aportación de: Marcela Bonafede odn, Bolivia. Lydvine Nguemeta odn, Camerún. M^a Claustre Solé odn, España. Marie-Claude Roques odn, Francia. Anne Gill odn, Inglaterra. Hiroko Kobayashi odn, Japón

Introducción

Vivimos en una sociedad donde la multiplicidad étnica, política y religiosa oscila entre la convivencia y la confrontación. Si es cierto que se habla de diálogo y, en principio, todo el mundo está de acuerdo, estamos sin embargo en un momento en que los fundamentalismos políticos y religiosos idealizan la pertenencia particular y reafirman las diferencias para excluir mejor y rechazar más. El diálogo es pues una cuestión ante todo de justicia: reconocer a cada uno su espacio permite superar numerosas tensiones y crisis.

El diálogo es para nosotras, Compañía de María, como para la Iglesia, una necesidad vital y una exigencia de fe. El diálogo intercultural, interreligioso y ecuménico, a pesar de los obstáculos, es imprescindible y, para nosotras, es una manera nueva “de tender la mano” comprometiéndonos enérgicamente a seguir haciendo camino por sendas nuevas nada fáciles pero apasionantes.

1. Necesidad para la Iglesia

En los textos de la Iglesia, la palabra diálogo es utilizada por vez primera por Pablo VI en su primera encíclica *Ecclesiam suam*. Por fidelidad al acto mismo de Dios que, para salvar al mundo, entra en diálogo con él por “la encarnación y después por el Evangelio”¹, la Iglesia, para ser fiel a su misión, está llamada a entrar en diálogo con el mundo en el que vive: “La Iglesia se hace palabra, se hace mensaje, la Iglesia se hace conversación”². “No se salva el mundo desde fuera; como el Verbo de Dios que se hace hombre, hay que asimilar en cierto modo, las formas de vida de aquellos a los que se quiere llevar el mensaje de Cristo. El clima del diálogo es la amistad. Más aún, el servicio”³. Es, pues, por razones pastorales y teológicas a la vez que, después del concilio Vaticano II, toda la Iglesia ha entrado por este camino.

Después del Concilio, el contexto ha evolucionado mucho. El diálogo se ha convertido en un verdadero desafío para la Iglesia y también para la vida consagrada. Sólo situándose “con”, la Iglesia será fiel a su misión: permitir a los hombres descubrir el rostro de Dios que cada uno lleva en sí. Su misión específica no es otra que presencia, servicio y diálogo:

Diálogo en la vida, dado en las relaciones cotidianas en la familia, la escuela, la calle y otros lugares sociales.

Diálogo en la acción, vivido en la promoción del desarrollo humano, en la transformación de las realidades de muerte y empeñado en alcanzar toda forma de liberación.

Diálogo religioso, entablado con personas profundamente arraigadas en sus propias tradiciones religiosas que comparten sus experiencias de meditación, de oración, de contemplación, de fe, de Absoluto.

Comprometida en este difícil camino de humildad, la Iglesia se convierte en verdadero “sacramento”, signo visible de la acción de Dios al servicio del Reino que está llegando, testigo de la universalidad del amor de Dios.

2. Exigencia de fe, en fidelidad a nuestras raíces

Creemos en Dios Creador de todas las cosas y ante él, formamos una “sola humanidad”. Cada persona es “imagen de Dios” y eso debería imprimir carácter en

¹ Pablo VI : *Ecclesiam Suam* n°71-72

² id. n°67

³ id. n°90

nuestra manera de “ver” al otro. La gracia de Dios actúa en todo ser humano. Por tanto, debemos estar siempre abiertas a la acción del Espíritu, dispuestas a encontrar y valorar aquellas “Semillas del Verbo”⁴ sembradas en las culturas, que son la presencia del Dios vivo.

A la luz de nuestra espiritualidad, podemos empezar contemplando tres miradas:

a) Dios que mira al mundo y decide hacer redención. Una mirada que entraña un compromiso: la Encarnación. A partir de aquí la contemplación del mundo y de la Encarnación conlleva el serio compromiso de asumir lo bueno del mundo y de cada una de las religiones.

b) Contemplar el mundo desde la mirada de Cristo en la cruz: una mirada reconciliadora con una voluntad de redimir toda cultura, toda tradición, de los aspectos idolátricos que el peso del tiempo ha ido incorporando. También nuestra cultura, nuestra religión, necesita ser redimida.

c) Las dos miradas anteriores nos llevan a la conocida postura ignaciana de “*ver a Dios en todas las cosas y a todas en Él*”. Esto incluye: personas, culturas, religiones... La pasión por Dios nos debe llevar a buscarlo donde sea: en distintos lugares y ámbitos.

3. Las condiciones del diálogo

Sólo habrá diálogo auténtico:

- a) Si los interlocutores están convencidos, cada uno por su parte, de que no poseen enteramente la razón y son conscientes de los aspectos negativos o sombríos de su propia religión asumiendo, a su vez, el lado positivo o luminoso de otras religiones. En efecto, si uno cree que posee la exclusiva de la verdad y que su interlocutor está en la ignorancia y el error, se intentará convencerle, convertirle, pero no escucharle ni intercambiar con él.
- b) Si existe un reconocimiento mutuo que acepta, al menos en principio, que el otro puede ser portador de una palabra o mensaje de Dios para todos. Así pues, hay que estar dispuestos a recibir, a aprender, a ser enriquecidos e iluminados. En otras palabras a practicar la humildad.

Pero no habrá diálogo:

- a) Si uno se limita a reafirmar su propia identidad, aferrándose a sus posiciones y evitando la confrontación.
- b) Si no se tiene conciencia de la ambigüedad de las religiones fundadas en una revelación. Ellas se “conforman” en parte a ella pero, al mismo tiempo, sin querer la deforman. Cada religión traiciona un poco la Verdad de Dios, una verdad que hay que buscar conjuntamente.
- c) Si se mantienen estereotipos, prejuicios y caricaturas de lo que cree el otro.
- d) Con intolerancias, comparaciones y actitudes de superioridad.
- e) Con políticas de Estado insensibles para con los inmigrantes, fomentando tensiones entre culturas.
- f) Cuando se da una carencia de identidad que da lugar a fundamentalismos y fanatismos

Resumiendo: confianza y prudencia, apertura y entereza, escucha y afirmación, cuestionamiento y conciencia de identidad constituyen la base necesaria para cualquier diálogo.

4. El diálogo ecuménico

La postura de la Iglesia “oficial” tiende al diálogo a partir de las definiciones doctrinales y dogmáticas, sobre todo referente a la Eucaristía y la comunión con el Papa. Debido a problemas internos de otras comuniones eclesiales, por ejemplo con la Iglesia Anglicana, el diálogo ecuménico oficial parece bastante estancado. El Consejo Pontificio para la Promoción de la Unidad de los Cristianos llama a todos a seguir animando el proceso ecuménico con el ecumenismo espiritual que significa:

⁴ Expresión que encontramos ya en S. Justino e Ireneo y que fue recuperada por el Concilio Vaticano II en el Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia.

conversión interior, renovación del espíritu, santificación personal de vida, caridad, abnegación, humildad, paciencia, pero también renovación y reforma de la Iglesia. Y, sobretodo, la oración que es el corazón del movimiento ecuménico (cf. *Unitatis redintegratio*, 5-8; *Ut unum sint*, 15 ss, 21-27). Se fomentan liturgias y oración en común sobre todo en la Semana para la unión de los cristianos. Antes del Concilio Vaticano II, la Iglesia buscaba el restablecimiento de la unidad cristiana exclusivamente como “un regreso de nuestros hermanos separados a la verdadera Iglesia de Cristo”.

El Vaticano II llevó a cabo un cambio radical: en lugar del antiguo concepto del ecumenismo de "regreso", hoy domina el de un itinerario común, que orienta a los cristianos hacia la meta de la comunión eclesial, entendida como unidad en la diversidad reconciliada.

En el Reino Unido tiene lugar, a nivel de base, un gran acercamiento entre las distintas confesiones y se van fortaleciendo los lazos comunes. Hay gran interés por la espiritualidad en general y por la espiritualidad ignaciana en particular. Se está comprobando que muchas personas de otras confesiones cristianas sienten atracción por el acompañamiento espiritual, el discernimiento y la contemplación desde el evangelio, (prácticas que se vienen realizando desde los Padres del desierto y que la pedagogía ignaciana, más modernamente, ha potenciado). Las casas de ejercicios católicas funcionan de manera ecuménica: acuden ejercitantes de todas las iglesias (e incluso de otras religiones a veces); cristianos no católicos formándose en espiritualidad ignaciana y algunos, que forman parte de los equipos en dichos centros, ofrecen acompañamiento espiritual.

5. La espiritualidad del diálogo interreligioso

Estamos viviendo el retorno de lo religioso -con muchas ambigüedades sin duda- pero en un contexto de pluralidad y concurrencia. Dios está de vuelta y las religiones son de actualidad. En el siglo XXI, si es cierto que disminuye la práctica confesional y aparecen recelos hacia las grandes confesiones, no es menos cierto que emerge con fuerza una corriente de espiritualidad que busca restablecer la paz y armonía tanto a nivel individual como cósmico. Es un signo de los tiempos al que conviene prestar atención. La espiritualidad es un denominador común que propicia el diálogo interreligioso. Podemos abordar el tema desde tres vertientes:

a) La espiritualidad **para** el diálogo interreligioso

Para los cristianos, la gran base de este diálogo radica en la acogida evangélica que desprenden las relaciones interpersonales de Jesús de Nazaret: llama a un publicano, dialoga con una samaritana y se deja catequizar por una mujer siro-fenicia, capaz de entender lo que no habían sabido ver los discípulos: que la mesa del Reino es tan grande que en ella tienen cabida judíos y paganos. De aquí que esta espiritualidad presupone un conocimiento profundo y existencial de nuestras propias raíces cristianas. Sólo si nos sentimos felices e identificadas con nuestra fe podremos salir a campo abierto y dialogar de tu a tu con las demás confesiones sin complejos de superioridad ni de inferioridad.

b) La espiritualidad **en** el diálogo interreligioso

La espiritualidad en el diálogo nos lleva a ser más “pentecostales”. Los primeros apóstoles se dan cuenta de que la buena noticia del Evangelio no puede ser encerrada entre cuatro paredes. Felipe parte hacia Samaría, tierra de paganos, y sobre ellos descende el Espíritu. Pedro se da cuenta de que para Dios nada es impuro y Pablo habla a los atenienses de su Dios desconocido. De aquí se desprende una espiritualidad reconciliadora con una actitud de búsqueda, una capacidad de abrirse a lo diferente, conscientes de que la experiencia de apertura a lo sagrado que nos brinda el mismo diálogo se vuelve un lugar privilegiado de encuentro con el Misterio.

c) La espiritualidad **a partir** del diálogo interreligioso

La consecuencia del diálogo es el enriquecimiento mutuo, la corresponsabilidad, la humildad. No sólo nos sabemos sino que nos sentimos hijos de un mismo Padre y la “simpatía” hacia lo diferente se transforma en “empatía”. Esto nos capacita para hacer nuestros los gozos y dolores de todos los hombres como pedía el concilio Vaticano II en la Constitución *Gaudium et Spes*.

6. Frutos del diálogo

La confrontación con otros creyentes obliga a cada parte a reflexionar sobre su propia fe y a profundizarla. Así el diálogo hace progresar a cada uno en su fe. Suscita, desarrolla y favorece una actitud crítica hacia uno mismo, actitud necesaria para que una religión permanezca viva y verdadera. Las iglesias son organismos vivos, no organizaciones. Cada creyente es invitado a cambiar, a evolucionar. Una espiritualidad viva invita a transformarse. “*Yo soy el Camino*”, dice Jesús. El Evangelio es un “camino vivo”, escribe el autor de la carta a los Hebreos, y Pablo compara la vida cristiana a una “carrera”. Por tanto los creyentes estamos invitados a lanzarnos a esa carrera cuya meta es el Reino. El diálogo intercultural e interreligioso es ya una realización de la unidad en la diversidad y un factor de paz. Entrar en diálogo con los creyentes de otras religiones es dar testimonio de nuestra esperanza común. En el seno de un mundo con tantas divisiones, conflictos y violencia, afirmamos que es posible crear una comunidad humana viva en la justicia y en la paz.

7. Un ejemplo de diálogo en la vida: El testimonio de la M. Teresa de Calcuta.

La Beata M. Teresa de Calcuta es un modelo que trasciende los credos y las culturas con un lenguaje claro e impactante. Parece que el testimonio de esta mujer es muy valorado entre la juventud japonesa que anhela el sentido de la vida, algo que se puede extender a la juventud de todos los contextos.

A los jóvenes les impacta la actitud de M. Teresa. Muchos no saben que ella es católica y religiosa, ni que la fuente de su apostolado es su fe cristiana, pero entienden muy bien que esa fuente es auténtica y genuina. Lo que llega hasta los corazones humanos no son los dogmas ni las creencias. La gente necesita encontrarse con personas que manifiesten un amor encarnado y desinteresado; la fe, la esperanza y el amor hechos realidad; no meros discursos sino un testimonio comunitario de amor fraternal. No les importa el nombre de la religión ni el de su divinidad. De aquí que hay que servir dejando de lado el amor propio para ponernos al servicio de la vida con alegría y actitud respetuosa lo cual hace que la persona sea consciente de su dignidad humana. Esta era la manera de actuar de M. Teresa. Ella aceptaba a toda clase de personas pero tenía un gran convencimiento interno de su identidad. Si estamos seguros internamente de quiénes somos podremos abrirnos con libertad a todo el mundo: “*Por nacimiento, soy albanesa. Por nacionalidad, india. Por vocación, soy de todo el mundo. Pero mi corazón pertenece enteramente a Jesucristo*”.

El fundamento de su apostolado es el convencimiento de que la sed de los más necesitados, es la misma sed de Cristo en la Cruz. La respuesta a esta necesidad de ayuda, a lo largo de 50 años, tiene su fuente en la oración diaria acompañada del ofrecimiento personal e incondicional a Jesucristo.

Esta mujer tuvo el don de realizar un signo universal de diálogo que todos pudieron comprender: la solidaridad. Su palabra fue un gesto, una experiencia de salvación que ofreció a los más pobres entre los pobres y esto es algo tan evidente que no necesita explicaciones.

8. Dialogar para la solidaridad y la construcción de la paz: nuestra nueva manera de “tender la mano”

Como Compañía vivimos en múltiples culturas vertebradas por espiritualidades y cosmovisiones que han coloreado nuestra identidad por cuatro siglos. Hasta el momento hemos querido responder: *¿a quién tendemos la mano?* Posiblemente hoy tengamos que añadir: *¿con quiénes tendemos la mano?* Necesitamos abrirnos para ver *qué podemos hacer con otros y otras*. Es incalculable la posibilidad relacional que tenemos y que no siempre sabemos aprovechar. El Espíritu sigue invitándonos a responder a sus gemidos a través de un camino de humanización. Dialogar para la solidaridad es lo que nos apura a recorrer los caminos “*de visita*” como María. Tenemos algo por lo que luchar y conseguir humildemente: la paz y la justicia, el “vivir bien”, “la tierra sin males” como dicen los pueblos indígenas de América del sur. Tiene sentido que dialoguemos no porque la globalización nos obliga sino porque sigue habiendo gente en los abismos a punto de perderse. Tiene sentido acortar distancias, experimentar la urgencia del perdón y la reconciliación entre

pueblos y religiones (todavía mueren pueblos enteros por falta de ello). Edificar la paz es una tarea utópica y por ello necesitamos sumarnos a otras y otros; así se construye el Reino⁵.

Educar en un entramado de relaciones evangélicas es el objetivo que compartimos con muchos y muchas que tienen diferente cultura, religión o denominación cristiana. Si solamente nos dedicáramos a educar con ellos para una convivencia humanizadora, la evangelización estaría completa. El fenómeno de la migración nos conmueve y desestabiliza en los diferentes países. Este es un campo al que hay que tender y atender. Unámonos con otros y otras para provocar signos de solidaridad que construyan relaciones de paz donde, aun sin ser nombrado, Dios estará intensamente presente.

9. Caminos que nos desafían como Compañía a la hora de dialogar

El diálogo primordial que da fondo y fundamento a todos nuestros “otros diálogos” es la *conversación con el Espíritu*⁶. La experiencia espiritual da curso a nuestro modo de relacionarnos con las diferencias porque dialogamos con Dios y su lógica misteriosa de encarnación-cruz-resurrección. Por eso defender la oración, el descanso y la alegría son claves cotidianas para ser mujeres de diálogo.

Entre hermanas que convivimos *es urgente desarrollar habilidades para el diálogo*. Esto se inicia en la formación⁷ y continúa toda la vida. Ayudarnos a escuchar, a expresar sentimientos, momentos de vida, sin agredir ni dañar. Uno de los principales sufrimientos de la vida religiosa tiene que ver con las relaciones intracomunitarias y la dificultad para vivir la soledad. De aquí que una escucha paciente y receptiva sea una vía indispensable para el diálogo.

Cotidianamente nuestras conversaciones son interculturales. Sabemos que dialogar es una riqueza a la vez que constatamos la ascesis personal y comunitaria que conlleva. Aquello que nos ayuda a procesar nuestros diversos diálogos “*inter*” es el *discernimiento continuo* para revisar nuestras disposiciones, las “pulseadas” con las diferencias y con el Espíritu en el corazón de la realidad. También nos ayudará el tomar conciencia de las nuevas mayorías culturales e idiomáticas que tenemos en la Compañía (países de Oriente y África) y que nos cambian las perspectivas acentuadamente occidentales abriendo otras opciones más inclusivas (idiomas que hablamos y aprendemos, mentalidad, formas, etc...)

Entre religiones. Ser minoría, llamar a Dios con otros nombres, hablar con él con otros lenguajes, no alcanzar a comprender símbolos, fiestas y modos de proceder, nos lleva a plantearnos quién es Dios y cuál es la misión de la Compañía hoy. Descalzarnos, conversar y compartir nuestra experiencia nos ayudará a abrir mentes y horizontes y a situarnos en lo fundamental.

¿Cómo vivir como Compañía, el profetismo en la Iglesia y con otras iglesias en este mundo plural? Somos mujeres de Iglesia y sentir con ella no es fácil cuando vemos el retroceso o el estancamiento de la profecía. Para ser sinceras, también nosotras padecemos en carne propia la falta de luz significativa. Sí, sentimos la urgencia de una nueva profecía que nos permita tender la mano a tantos “infiernos” de nuestro momento histórico. Es hora de unir fuerzas. Una mayor relación con otras denominaciones cristianas, compartiendo con ellas la oración y la praxis por la justicia es un camino abierto al que hay que lanzarse.

Diversificar la formación teniendo en cuenta la pluralidad del saber y el saber ser de nuestro tiempo para responder a la exigencia de “servir de una manera siempre nueva”. Desarrollar el estudio de las religiones. Fomentar una pedagogía que tenga en cuenta la noción de la pluralidad como gracia. Formar en un humanismo cristiano

⁵ Tal vez en la Compañía se podría promover más el diálogo entre nosotras si miráramos el mundo, no tanto desde la división geo-política-económica Norte/Sur (análisis muy real que hay que tener en cuenta), sino desde la red universal invisible que une a todos los que estamos luchando por los valores del Reino.

⁶ El camino principal de la misión es el diálogo (cf. AG 7).

⁷ Crear pedagogías para la formación de mujeres “todo-terreno”, preparadas y disponibles para vivir la Regla Cuarta en culturas diferentes, en situaciones de frontera muy desafiantes y a veces adversas, con la flexibilidad de quien dialoga para comprender y complementarse y no para competir.

porque son varios los "humanismos" propuestos aquí y allá. Desarrollar la cultura de la interioridad que hace germinar la capacidad de discernir. Educar en la fe, en la tolerancia, en la fraternidad universal y viendo en la riqueza de las diferencias un regalo de Dios.

Para terminar, "la Iglesia y todos sus miembros están llamados a participar de un movimiento de amor que se entrega, movimiento que viene de Dios y cuyo Espíritu es el primer agente; movimiento que está presente y activo en todos los pueblos en y a través de su religión y su cultura"⁸.

10. Cuestiones para reflexionar en comunidad

Reflexionar todo esto nos debería llevar a discernir y acoger la diferencia como un lugar teológico, un lugar donde Dios se da a conocer y desde el que nos invita a construir un mundo más fraterno. A partir de ahí se nos pueden abrir los ojos para intuir desde donde podemos tender la mano a tantos recién llegados con todo su bagaje de diferencias y multiculturalidad. Por todo ello, nos preguntamos:

- Dentro de nuestras comunidades, ¿qué tendríamos que hacer para que se diera un verdadero diálogo entre nosotras?
- En una comunidad humana cada vez más intercultural ¿qué se requiere para abrirnos a un diálogo auténtico?
- ¿Cuáles son los aspectos de nuestra vida religiosa que piden una atención especial para prepararnos para el diálogo interreligioso?
- ¿Cuáles son las consecuencias, en nuestros respectivos apostolados, de esta exigencia de diálogo? (actitud con nuestros colaboradores, con aquellos a los que se nos envía, con el mundo que nos rodea...)

⁸ M. Mac CABE: *La mission comme dialogue prophétique au service du Royaume de Dieu*. – En el 150 aniversario de la SMA Symposium sur l'avenir de la mission ad gentes- n° 125, junio de 2007.